

escrito a máquina

JARDINES SIN

JARDINEROS



Recuerdo que cuando leí por primera vez la obra sobre Nicaragua de Pablo Lévy me hizo detenerme y reflexionar esta observación del geólogo y antropólogo francés:

“En cuanto a los jardines del país, se tendrá una idea de lo que pueden ser, cuando se sepa que en toda la República no hay un solo jardinero”.

Al margen de la frase anoté entonces: “Relación del nicaragüense con la naturaleza”. Me pareció que ese dato indicaba una forma todavía primitiva y caótica de relacionarse con la naturaleza. Lévy escribió su libro hace exactamente un siglo y todavía en mi niñez eran muy pocas las casas que podían preciarse de tener un jardín en el sentido europeo de Lévy. Nuestras huertas y nuestros “patios” tenían arbustos y árboles frutales, medicinales y de adorno pero sembrados con la espontaneidad con que nacían en el monte, sin orden y sin sujetarse a ningún plano armonioso de figuras. Por otra parte, como el mismo Lévy anota, tanto frutos como flores “crecían como querían, sin poda, ni injertos... sin cultivo alguno”. El “patio” expresaba, pues, una actitud del nicaragüense respecto a la naturaleza. Ya no estaba ligado a ella por la comunión mágica que vivió el indígena, (aunque subsistían muchos aspectos de esa relación primitiva), pero tampoco había adquirido la mentalidad racionalista y científica que le permitiera analizarla, ordenarla y dominarla a su arbitrio.

El “patio” era —y todavía “es” en la mayor parte del país nicaragüense— el signo de una vivencia. Nuestra mente, en parte, ya se ha “salido” de la naturaleza, pero aún no intenta ordenarla. El “patio” era y es todavía la imagen de un urbanismo rural —metíamos la selva en la casa, llevábamos o llevamos su caos o su libertad en el corazón. Occidente con su pensar griego apenas ha humedecido levemente nuestro Oriente con su pensar indio.

En la conversación del nicaragüense-medio, rara vez se oye decir la expresión, tan corriente en Europa: “¡Es lógico!” o bien “¡Eso no tiene lógica!” (Decimos: “¡Es cierto!”, “¡Es verdad!”, “¡Es claro!”). No usamos la palabra “lógica” porque apenas usamos la lógica. (La lógica es la jardinería del pensamiento; la lógica es el pórtico de entrada a la filosofía). La mayor parte de nuestro pueblo tiene todavía un pensamiento pre-lógico mientras nuestra población alfabeta y culta apenas ha podido formar o mal formar su pensamiento en las disciplinas filosóficas o científicas. El pensamiento de nuestro pueblo es fundamentalmente emotivo: fácilmente confunde lo subjetivo con lo objetivo. Razona, sí; pero sin rigor. ¿Qué instrumentos de rigor puede tener su mente cuando apenas está saliendo del pensamiento mágico y su mayoría es analfabeta? La escritura suscita el análisis de la realidad.

Pero en el tiempo de Lévy (hace un siglo) el ritmo del mundo era todavía lento. Nuestra relación con la naturaleza podía permitirse el lujo de la desidia o de la ingenuidad porque la naturaleza tenía reservas aparentemente infinitas en el trópico para desarrollar sus dones de vida. Hoy el ritmo se ha acelerado hasta el vértigo. La población se multiplica geométricamente —y con ella sus necesidades y destrucciones—, pero nuestra mente sigue en sus “patios” sin jardineros. Las máquinas nos han llegado cuando todavía no nos hemos acostumbrado a abstraer la realidad y a pensarla científicamente. El tractor nos ha llegado antes que la lógica. Todo esto produce una vivencia o convivencia de factores incompatibles. Como si pusiéramos en manos de un hechicero un pulmón de acero. O un cañón atómico en las manos de un niño. Hacemos disparates. Pero los que antes —en los ritmos lentos— eran sólo disparates o descuidos; hoy, con los poderosos instrumentos que usamos, se convierten en catástrofes. Fue con esa mentalidad de viejo “patio” colonial que los departamentos occidentales hicieron su negocio algodónero (dentro de 50 años, decía un técnico, Occidente será un desierto). ¿Y qué decir del negocio de Monkey Point? Pero esta concesión entraña un pecado peor sobre cuya gravedad no voy a insistir ahora, aunque nadie puede alegar ignorancia.

Estamos industrializándonos y mecanizándonos a marchas forzadas, estamos incorporándonos a mercados de alta competencia, estamos cobrando impuestos con computadoras PERO nuestro presupuesto de educación, nuestros presupuestos universitarios, nuestros sistemas retrógrados de estudios, nuestra barbarie cultural, no nos permiten formar la mentalidad que se requiere para ese desarrollo, ni propiciar la investigación, ni multiplicar las mentalidades científicas y técnicas —pero humanistas— que sean capaces de ordenar, de planificar, de “jardinear” la naturaleza para que rinda a la vida del nicaragüense todas sus posibilidades.

Estamos edificando un edificio cada vez más alto, pero sin cimientos.

Nos caerá encima.

PABLO ANTONIO CUADRA